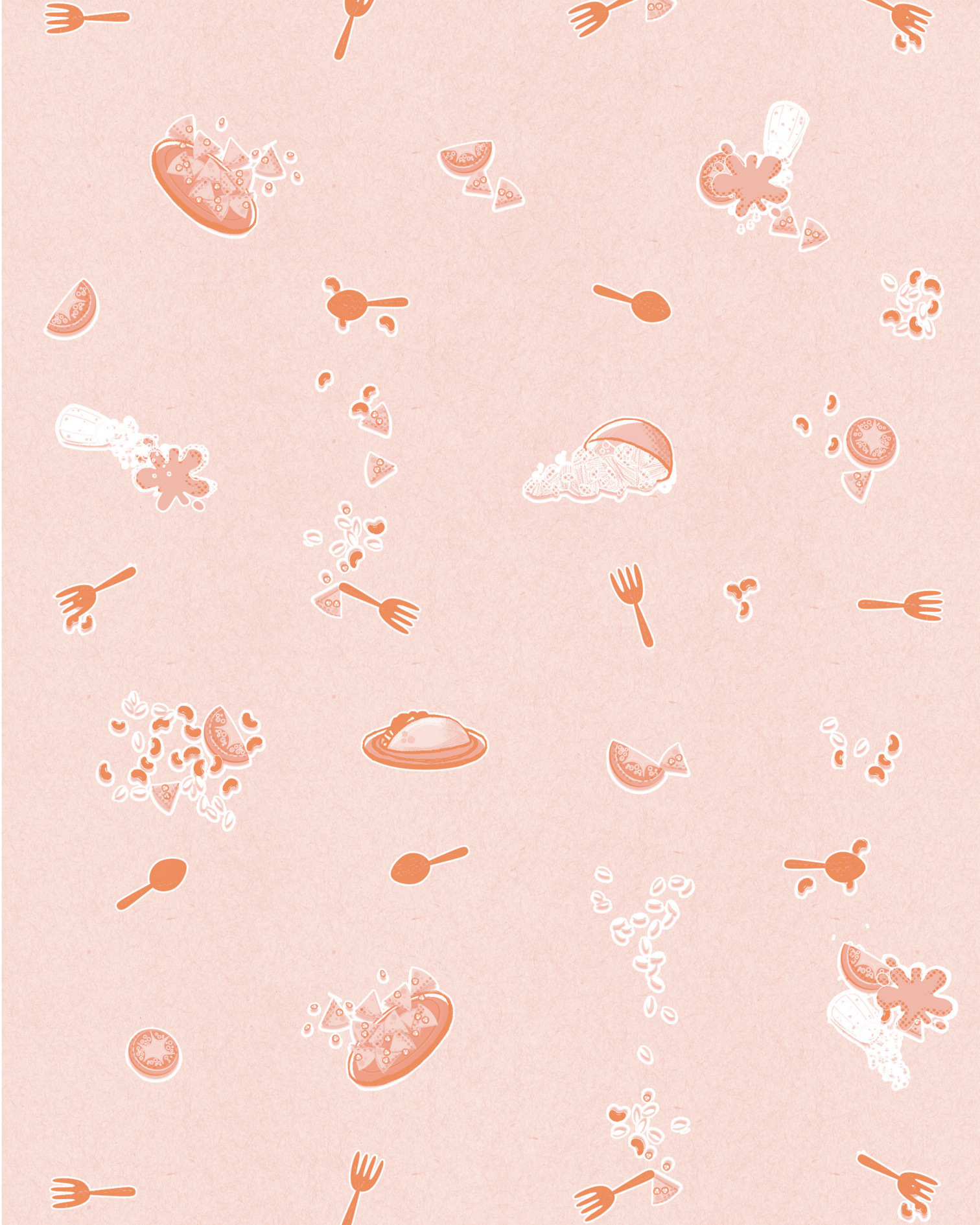
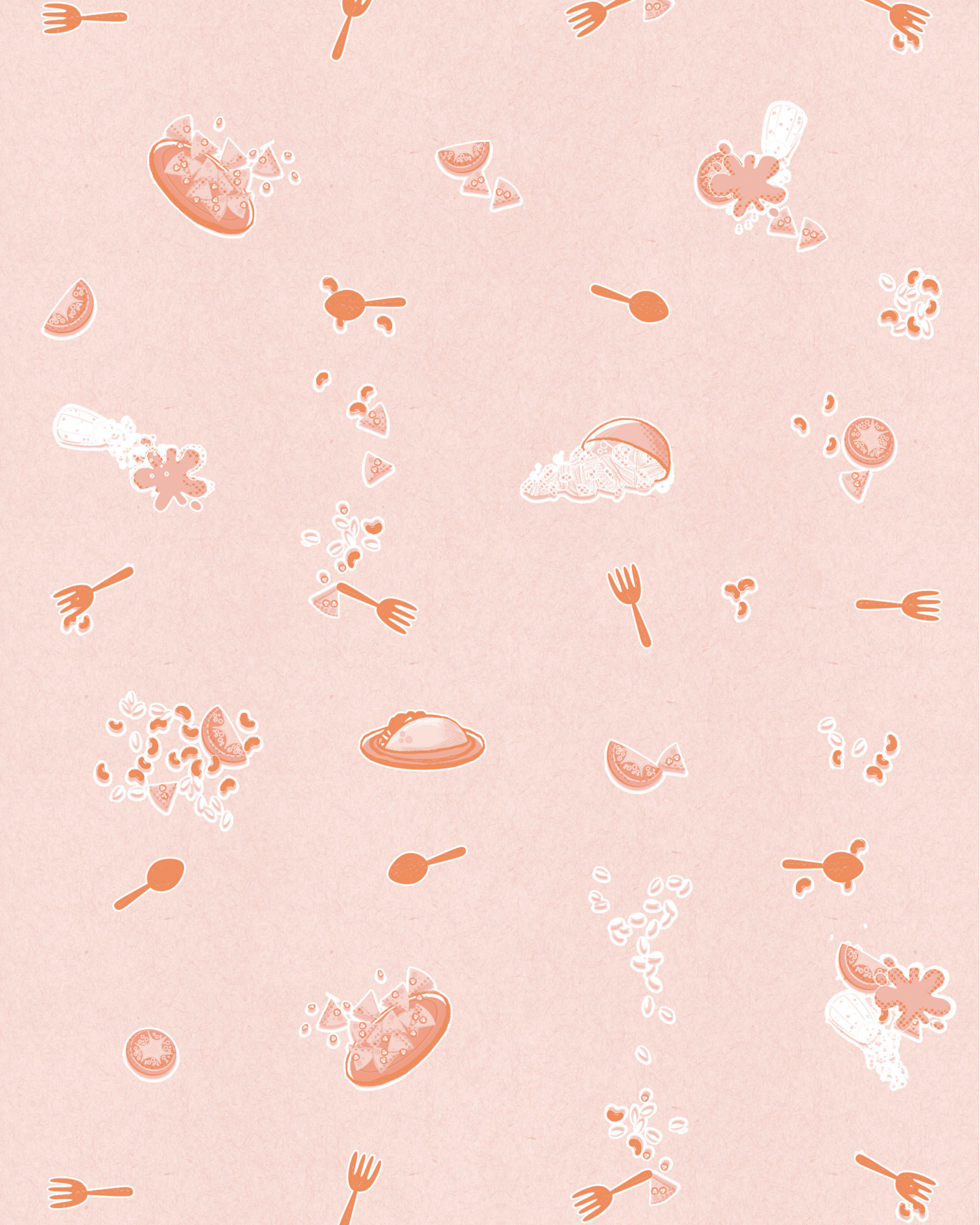


LA GUERRA DE LAS ENGRACIAS

Escrito por Yarezi Salazar e Ilustrado por Sheila Cabeza de Vaca







LA GUERRA DE LAS ENGRACIAS

Yarezi Salazar

Ilustrado por Sheila Cabeza de Vaca



COMISIÓN ESTATAL ELECTORAL NUEVO LEÓN

Consejero Presidente

Dr. Mario Alberto Garza Castillo

Consejeras y Consejeros Electorales

Mtra. Miriam Guadalupe Hinojosa Dieck

Mtra. Sara Lozano Alamilla

Mtro. Luigui Villegas Alarcón

Lic. Rocío Rosiles Mejía

Mtro. Alfonso Roiz Elizondo

Secretario Ejecutivo

Lic. Héctor García Marroquín

LA GUERRA DE LAS ENGRACIAS

© Comisión Estatal Electoral Nuevo León

5 de Mayo 975 Ote.,

Centro, Monterrey, N. L., México

www.ceenl.mx

© Autora: Yarezi Salazar

© Ilustradora: Sheila Cabeza de Vaca

ISBN: 978-607-7895-45-9

Editado en México, 2020

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.



En el norte del centro del sur, en una esquina de una colonia cualquiera, en un país como el nuestro, pero que definitivamente no es el nuestro, ocurrió la más despiadada batalla de las fonditas de toda la historia: la guerra de las Engracias. Su bravura fue tal que nunca en la vida se había visto tanta gente enfrijolada dándose de tomatazos.

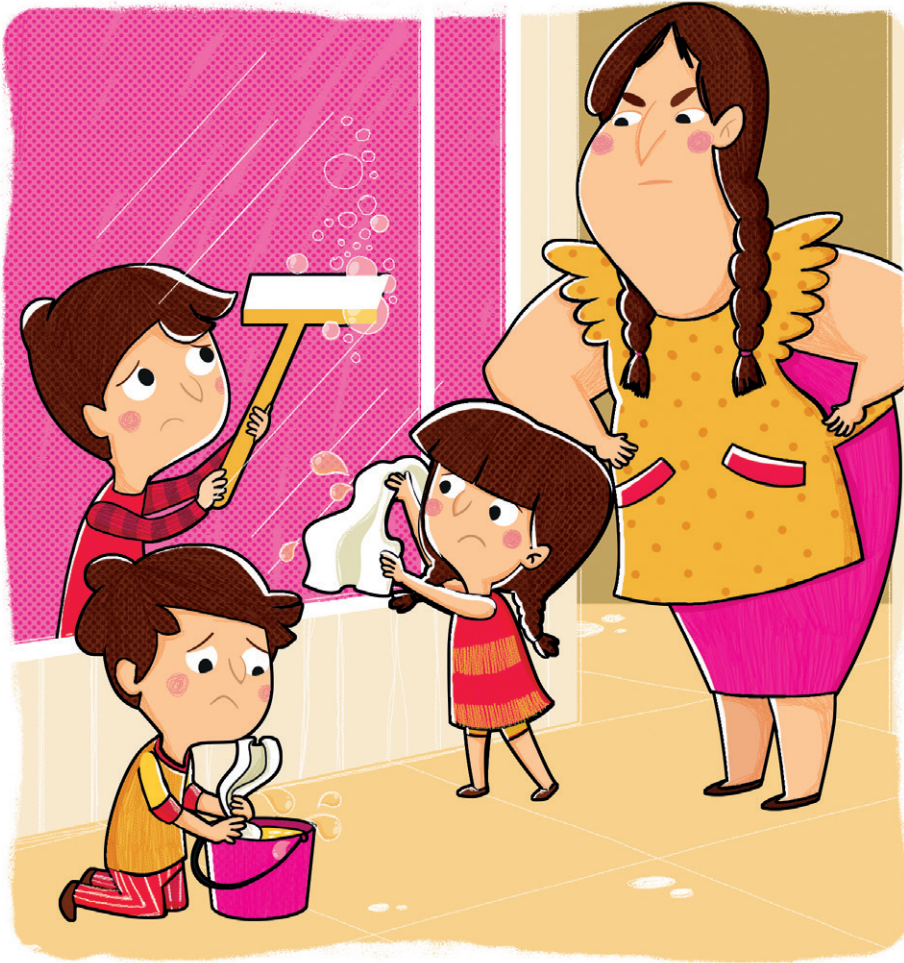
El inicio de esta guerra ocurrió con algo menos que un problema, pues todo sucedió a partir de una pequeña coincidencia: dos mujeres, vecinas de la misma zona, tuvieron la genial idea de poner un negocio de comida, el mismo día, en la misma cuadra.

Las dos señoras eran tan diferentes entre sí que lo único que compartían era el nombre, pues ambas se llamaban Engracia. Una tenía toda una vida viviendo ahí; la otra, llegó hace dos años al barrio. Para no confundirse, los vecinos llamaban a la que tenía más antigüedad «Engracia norteña», porque vivía en la esquina norte. Del otro lado de la calle, en contra esquina, vivía la nueva, a la que apodaron «Engracia sureña».

dos |

La del norte, chaparrita, nariz boluda, morenita y de pelo negro azabache, tenía un temple sereno y calidez al hablar. Casi nunca se enojaba, pero cuando lo hacía hasta las piedras se escondían, como la vez que sus hijos María Paula, José Luis y Juan Ramiro le rompieron su jarrón favorito y tuvieron que esconderse todo un día, porque la mujer se posicionó en la entrada de la cocina con chancla en mano esperando vengar su pieza. Dicen que no parpadeó y no se movió ni para ir al baño, hasta la mañana siguiente, cuando tuvo que ir al mercado por la verdura.





La sureña, en cambio, grandota, robusta, de nariz aguileña y pelos lacios lacios amarrados en dos trenzas, era de voz gruesa más bien gritona, de carácter fuerte, pero sobre todo de actitud claridosa; grosera, dirían algunas vecinas, pero eso sí, honesta como ninguna otra. Si de algo podían estar orgullosos sus hijos, Ramiro Juan, Luis José y Paula María, era de que su madre jamás de los jamases había hecho trampa ni pronunciado mentira alguna en su vida. Pero era severa severa, como cuando los puso a lavar todas las ventanas de la casa porque la doña de la tiendita les dio cambio de más y en lugar de devolverlo se lo gastaron en helados.

El día en que abrieron sus negocios ambas estaban radiantes, emocionadas por cumplir al fin el sueño de su vida. Engracia norteña mandó a María Paula poner globos verdes y morados en la entrada principal de la fonda. Engracia sureña puso a Paula María a decorar con flores de papel rojo y amarillo los marcos de la puerta. José Luis y Juan Ramiro barrían y trapeaban debajo de las mesas; Ramiro Juan y Luis José limpiaban las patas de las sillas de su respectivo negocio.

Cuando ambas familias estuvieron listas y salieron a la banqueta para cortar el listón del estreno, se dieron cuenta de que ya tenían competencia. Entonces se vieron la una a la otra y apretaron los ojitos. Ese acto tan sutil significaba en el lenguaje de las señoras que las dos darían pelea para rato, y no era para menos, ¡miren que tener la misma ocurrencia el mismo día y a la misma hora! Se trataba no solo de una terrible coincidencia, sino de lo peor que podría pasarle a un restaurantero. Y el colmo de los colmos: ambos negocios se llamaban Doña Engracia. «¡Me lleva!», pensaron ambas al mismo tiempo.

Engracia sureña anunciaba en su menú «Antojitos típicos de la región»; vendía machacado, cortadillo y asado con frijoles guisados en manteca de puerco (como debe ser) servidos con tortillas de harina. Engracia norteña puso un anuncio en la pizarra del menú que decía exactamente lo mismo, pero a diferencia de su tocaya ofrecía cecina con huevo, chicharrón en salsa verde y carne de puerco con verdolagas acompañada de tortillas de maíz caseras.

La verdad es que en esa primera semana no hubo un momento en que no tuviesen clientes por igual, pues ambas gozaban fama de ser las mejores cocineras del barrio. Algunos señores iban un día con una, al siguiente con la otra; los más descarados pasaban a almorzar con la de allá, a comer con la de acá; y los más glotones, de plano, apenas salían de con esta, se iban con aquella.



Ambos restaurantes fueron un éxito rotundo. A pesar de ello, las dos señoras tenían curiosidad por saber lo que ofrecía la rival así que sin saberlo ni temerlo, como era de esperarse, ellas tuvieron el mismo plan: mandaron a sus hijos como espías a comprar un platillo de la competencia.

María Paula, José Luis y Juan Ramiro se vistieron con los viejos trajes de sus padres, se pusieron bigotes y sombreros. Ramiro Juan, Luis José y Paula María se disfrazaron con pelucas, anteojos, trajes y corbatas; parecían señores chiquitos. Los hijos de Engracia norteña pidieron un platillo para llevar. En una distracción de la cajera aprovecharon para robarse un menú, mismo que mostrarían en casa. Los hijos de Engracia sureña también compraron para llevar, pero en lugar de hurtar tomaron un volante en el que venían los paquetes de la semana. Los dos bandos de chiquillos salieron disparados rumbo a sus fondas: tan rápido iban, que se cruzaron en el camino, chocando con los otros niños como un tren bala.

—Perdona —dijo María Paula.

—Sabes que no hay fijón —dijo Paula María.

—Ya saben, nuestra mamá —dijo José Luis.

—Igual la nuestra, la conocen —dijo Luis José.

—¡Qué lata! —dijo Juan Ramiro.

—¡Qué desastre! —dijo Ramiro Juan.

—¡Ahí nos vemos! —respondieron todos y retomaron su marcha.

Y es que en realidad todos ellos eran amigos; se juntaban con Felipe, Ana, Claudia, Miguel, Fernando y Aurora todas las tardes para jugar en el parque. Hasta compartían el lonche en el recreo de la escuela. Por eso se sentían apenados, les parecía muy complicado ser sus rivales de negocios.

En cuanto llegaron, sus mamás les arrancaron la información para leer lo que ofrecían del lado contrario.



ocho |

—¡Ja!, esta loca... ¿Qué va a tener de típico un cortadillo? ¿Frijoles con veneno? ¿Eso qué? —se carcajeó la norteña.

—¿Típico el cerdo con verdolagas? ¿Quién rayos come cecina con huevo? ¡Típico de su rancho, quizá! —bufó la sureña.

Engracia norteña se apresuró a desenvolver el platillo: dio una cucharada grande de asado de puerco. Lo paladeó, lo saboreó un rato, pasó el bocado cuidadosamente.

—¡Bah!, si esto no le pide nada al puerco en chile pasilla. Nombre, los sureños —porque así le decía a toda esa familia —nos hacen los mandados.

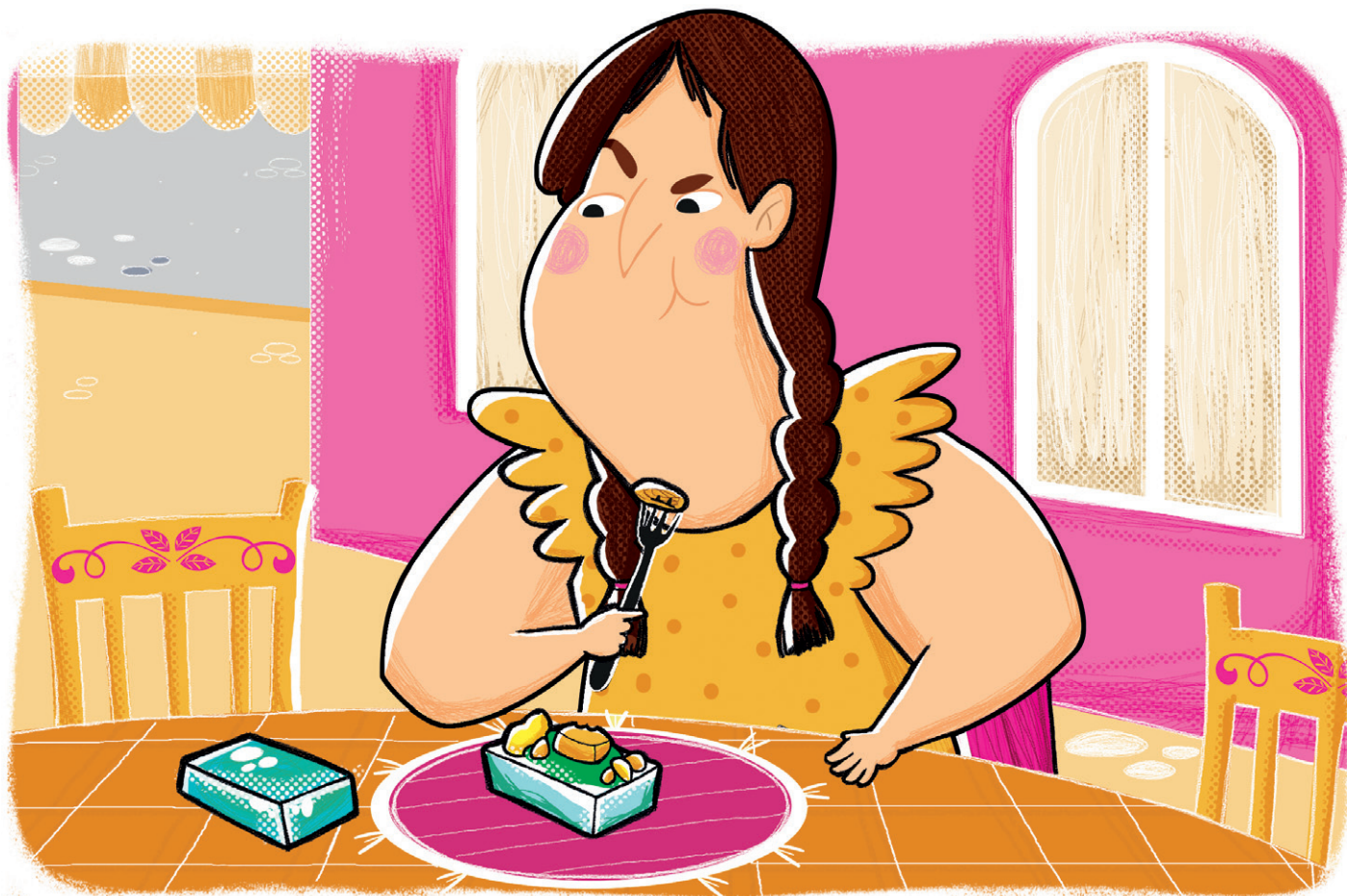
Eso sí, molesta, pero se acabó su comida.

La sureña degustó el chicharrón en salsa que le sirvieron. Primero con una probadita pequeña. Después con una gran cucharada.



—Pero si esto ni es chicharrón, es durito de bolsita. ¡Qué va!, ni siquiera los considero competencia —respingó. Aun así acabó con todo, ni una probadita les dejó a sus niños.

Aunque ninguna lo admitió delante de su prole, muy en sus adentros cada una reconocía secretamente el talento de la otra. Como las dos Engracias temían perder ventas ante la deliciosa sazón de su contrincante, al día siguiente mandaron de nuevo a sus familias, pero esta vez a sabotear a la rival. Ramiro Juan, Luis José y Paula María sacaron unos viejos trajes y rebozos de sus abuelos, mientras que María Paula, José Luis y Juan Ramiro tomaron gafas de sol, maquillaje y narices postizas. Los primeros cambiaron los saleros de la contrincante por azucareros. Los segundos mezclaron la pimienta con chiles picantes en polvo.



Ese día las dos fondas tuvieron muchas pérdidas, varias reclamaciones, y en algunos casos hasta tuvieron que devolver el dinero con tal de que los comensales no se fueran molestos.

Como es lógico, conforme pasaba la novedad de los primeros días, la clientela fue disminuyendo, y con mayor razón después del incidente de los condimentos. Pero todo se fue complicando cuando en lugar de enfocarse en cómo subir las ventas, las Engracias comenzaron a culparse la una a la otra de su mala fortuna.

—Esta mugrosa, primero llega de intrusa a mis dominios y luego me copia la idea. De segurito le habla mal de mí a los vecinos, por eso ya nadie viene —decía la del norte.

—Me tiene envidia, de seguro me tiene envidia la enana esa, luego luego se le nota en la mirada. Claro que cuenta chismes de mí a los clientes, quién sabe qué clase de publicidad me está dando, ya ni las moscas se paran —refunfuñaba la del sur.

Por desesperación, o tal vez porque es más fácil echarle la culpa a los demás, la tensión se sentía en esa cuadra, crecía poco a poco y se reafirmaba cada que por accidente o casualidad las Engracias coincidían en la panadería o en el mercado sin siquiera voltear a mirarse. Doña Pancha, la de las tortillas, decía que verlas en el mismo sitio era como si una ráfaga de hielo hubiera atravesado el espacio.

De repente a alguna se le ocurría anunciar alguna promoción en su entrada y, claro, esto despertaba las ganas de competir en la otra:

—¿Pues qué se cree esa atrevida? Ya verá, yo misma le daré su promoción para que se le quite.

Por supuesto, cuando la otra hacía lo mismo, la primera se burlaba.

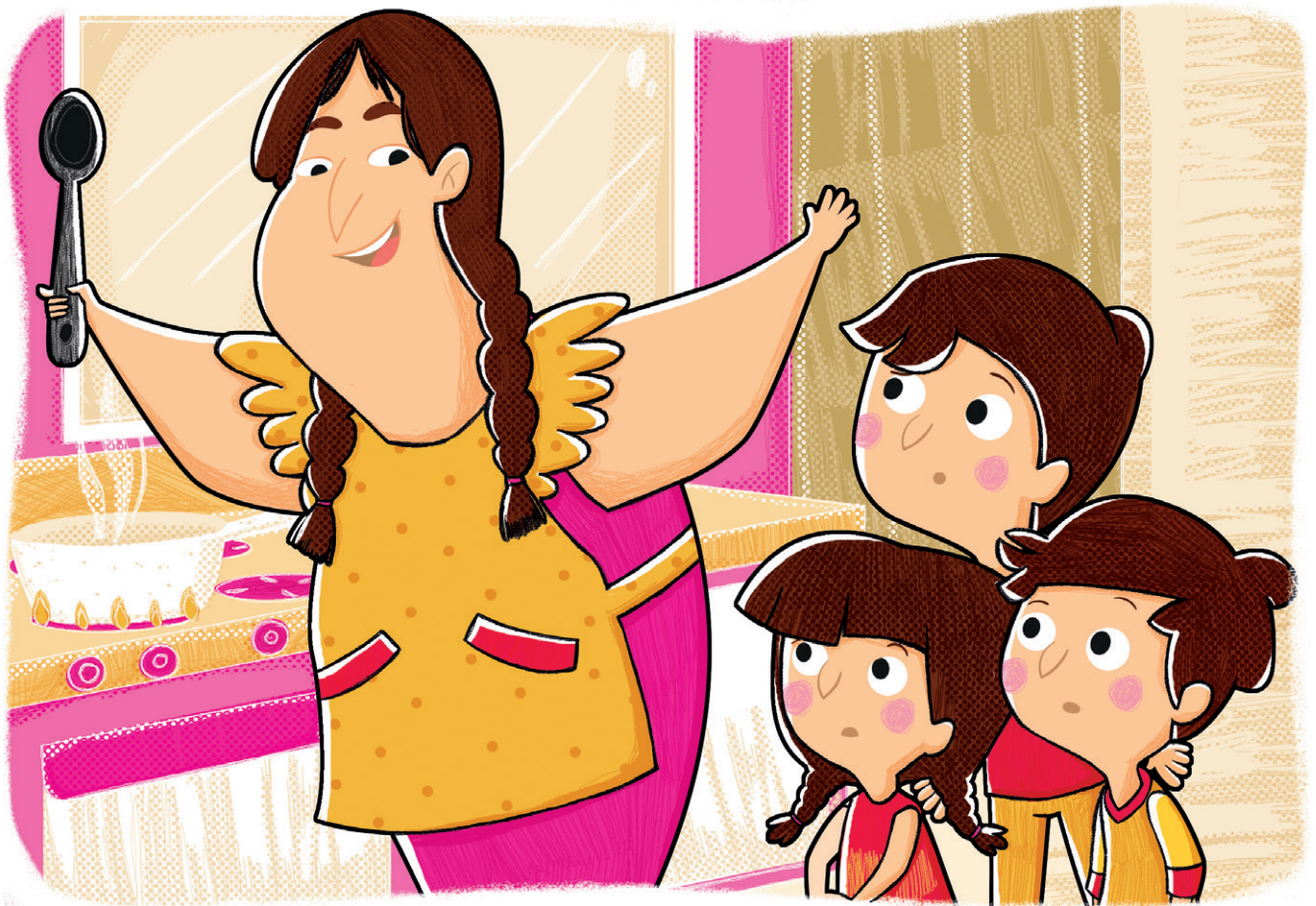
—¿Ya vieron, niños? La copiona no sabe hacer otra cosa que seguir a la triunfadora. Me voy a poner a saltar la cuerda vestida de payaso, a ver si así me sigue imitando.



doce |

El coraje entre ellas crecía del mismo modo que las ventas bajaban, sobre todo a finales del mes. Tan mal iban las cosas que ya consideraban seriamente cerrar su local, pero de la nada, un día de tantos, ambas pensaron en una buenísima estrategia para aumentar las ventas. Podría jurar que se les ocurrió al mismo tiempo, excepto que una lo pensó mientras preparaba la comida y a la otra se le vino a la mente mientras lavaba los platos de la cena. Pero eso sí, al mismo tiempo le informaron a sus hijos el plan para recuperar las ventas.

—Mis niños, hoy cenaremos de postre natilla porque estamos de manteles largos...





—Chiquillos, y chiquilla, hoy es el día en que nos despediremos para siempre de la pobreza...

—Por fin tengo la clave...

—Para el éxito rotundo...

—Anunciaremos...

—Un platillo especial:

—¡La mejor quesadilla del mundo! —dijeron las Engracias.

Los niños, emocionados, se dieron un abrazo entre sí, le dieron uno más a sus mamás y hasta se durmieron temprano con tal de ayudar a la mañana siguiente con los preparativos. A las 12 del mediodía, colgaron un cartel en cada fonda que detallaba la buena nueva: «Platillo especial, la Mejor Quesadilla del Mundo, a partir de la 1 de la tarde».



El alboroto no tardó en aparecer. La gente se amontonaba afuera de cada lugar. Se hacían filas para entrar, y al salir las personas comentaban lo estupenda que fue la comida por lo que las dos Engracias no tardaron en darse cuenta de que ooooootra vez habían tenido la misma idea al mismo tiempo. Por eso, una vez más mandaron a sus hijos de incógnito, con disfraces y toda la cosa, para traer una quesadilla en la versión de la competencia y por correr a las prisas, los niños chocaron en la banquetta:

—¡Chin!, otra vez —dijo José Luis.

—De nuez —contestó Luis José.

—Ustedes saben —se quejó María Paula.

—Sí, nosotros sabemos —contestó Paula María.

—Ahí nos vemos —agitó la mano Juan Ramiro.

—Ahí nos vemos —respondió Ramiro Juan.

Aun más desesperadas que la vez anterior, las Engracias abrieron sus paquetes y las dos, con una cara de molestia y confusión, lanzaron un grito que hizo callar a todos los que estaban comiendo en sus negocios.

—¡Puaaaaaj! ¿Pero qué es esto?, que alguien me explique. Sureñaaaaa, vas a ver condenada, no te escondas —gritó la norteña.

Y se dirigió la mujer a la puerta de la otra. Justo estaba por salir su rival cuando esta se le puso enfrente muy oronda.

—¡Qué bueno que te invitaste sola, a ti te quería ver! ¿Me puedes explicar por qué demonios te atreves a llamar quesadilla a esto? ¿Qué acaso no sabes que las quesadillas solo llevan queso? —gruñó la sureña.

—¿Pero qué acabas de decir? La mejor quesadilla del mundo tiene huitlacoche y es de maíz, no de tu aburrida harina —respondió la fondera del norte.

—¿Pero qué has dicho?

—Lo que has oído.



—Pues prepárate porque ya se te armó.

José Luis, María Paula, Juan Ramiro, Luis José, Paula María y Ramiro Juan intentaron controlar la situación, pero entre tanto ajetreo, Engracia sureña sin querer embarró el plato que traía aún en la mano en la cara de Juan Ramiro.

—Ora sí se te armó la gorda, gigantona.

—¿O sea que te armaste, tú?

Y sin más ni más, la norteña le arrebató el plato de frijoles a Paula María y se lo embarró en la cabeza a esta. Engracia sureña,



enfurecida por lo que le hicieron a su retoño, agarró un jarrito de salsa de las mesas para lanzárselo al huipil de la enemiga. En un santiamén se hizo la trifulca de comida. Por los aires volaron tomates, arroz, frijoles, pedazos de tortilla, hasta el azúcar que estaba en los azucareros empapó a todos los comensales.

Se dieron con lo que hubo: chilaquiles, arroz con leche, sal, por poco hasta salía volando el gato, de no ser porque se zafó de los brazos de los niños... Ellas hubieran seguido, pero don Martín, el zapatero de la colonia, gritó con todas sus fuerzas:



—Altoooooo ¿No se dan cuenta de que con su pleito se están llevando entre las patas a los clientes?

—Es cierto —dijo doña Marthita, la costurera. —Yo ya estoy cansada de tener que esconderme cuando se me ocurre ir con alguna de ustedes.

—Ya no se peleen por ver quién tiene la mejor comida. ¿No se dan cuenta de que esa debe ser decisión de quienes les compran?

—Es verdad —dijo Engracia sureña. —¿Y qué proponen?

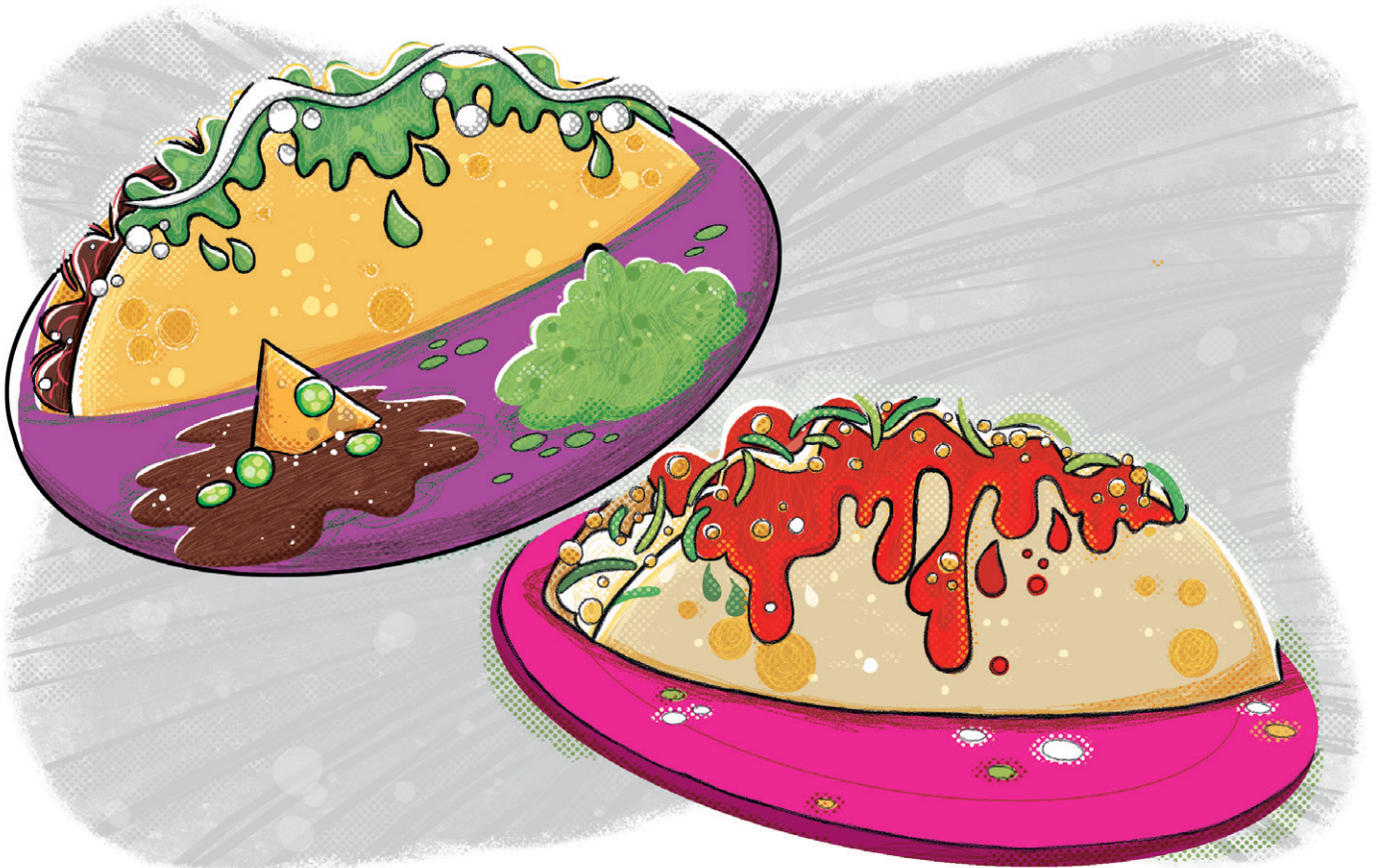
—Pues muy fácil —dijo Doña Magdalena, la pastelera. —¿Por qué no hacemos una votación y decidimos nosotros?

—Pues miren que no es mala idea —respondieron las dos.

Las Engracias aceptaron la propuesta, más que por la buena fe, por el cansancio que sentían de espiarse y sabotearse una a la otra, incluso acordaron la retirada de la perdedora para siempre.

En ese instante se pusieron a organizar todo para elegir de manera seria la mejor quesadilla de la colonia. La idea con la que estuvieron de acuerdo fue la de ofrecer a todos una muestra de su producto para que votaran en una servilleta cuál era la mejor. Para estar en tierra neutral, quedaron en llevar la comida hasta la plaza, donde habían convocado a toda la comunidad.

Las señoras cocinaron como nunca, con dedicación, con pasión. Engracia sureña hizo tortillas de harina caseras, usó el mejor queso de rancho y adornó el platillo con su salsa roja especial. Engracia norteña preparó masa de maíz y guisó huitlacoche, puso de guarnición guacamole y frijoles refritos, coronando al final con salsa verde y crema agria. En seguida mandó a sus pequeños ayudarlo a trasladar las muestras gratis.



Los dos tríos de niños se volvieron a hallar de camino. Como ahora traían más prisa que nunca, se dieron un encontronazo tan violento que la comida salió volando por los aires; mucha cayó al suelo, pero por suerte atraparon con los platos en el aire lo suficiente para la votación, aunque los ingredientes de ambas comidas se mezclaron entre sí en el piso.

—¿Qué pasó? ¿Ahora sí mucha prisa, no? —soltó María Paula.

—¡Claro que traemos prisa, ahora sí ganaremos! —remató Paula María.

—¡Ay sí!, muy salsas, ¿no? —soltó Juan Ramiro.

Mientras tanto, José Luis y Luis José estaban preocupados por lo que pasaría con el perdedor. Cuando trataban de limpiar la revoltura del piso se les vino una ideota a la mente. Se quedaron quietos por unos segundos para luego mirarse uno al otro con una sonrisa cómplice.

—Ya no sigan, alto todo.

—Creo que tenemos la solución a este problema —dijeron los casi tocayos con singular alegría.

En la plaza, estaban casi listos para empezar las votaciones. Don Roberto, el de la ferretería, era el encargado de anotar los resultados para pegarlos al final en el kiosco. La dueña de la tiendita y la de la frutería contarían los votos frente a la gente. Estaban tan organizados que lo único que faltaba para dar inicio eran las muestras de comida. Los niños llegaron en montón causando alboroto.

—Un momento, —dijo Ramiro Juan —no pueden empezar las votaciones porque alguien más quiere participar en esta competencia.

—¿Alguien más? —dijeron las Engracias desconcertadas.

—¿Y quién es ese alguien más? ¿Es que acaso tenemos más competencia y no lo sabemos?





—¡Nosotros! —dijeron a coro los niños.

—¡Pero eso es imposible! —dijo don Roberto. —Ustedes son menores de edad.

—¿Y eso qué? —le respondió María Paula.

—Ni que estuviéramos en una votación oficial —agregó Paula María.

—Ni que fueran las elecciones para la alcaldía —comentó Luis José.

—Bueno, —dijo don Roberto —no me parece descabellado, los hijos de los tigres son pintitos, ¿no? De seguro deben traer la sazón en las venas. ¿Acaso ya tienen otra propuesta?

—La tenemos —dijeron Ramiro Juan y Juan Ramiro mostrando un plato que había sido producto de la casualidad.

Y es que cuando chocaron al correr rumbo a la plaza, un tanto de la comida se mezcló, lo que les dio la idea que ahora presentaban: una quesadilla en harina con queso y huitlacoche con guacamole más un poco de crema. Las Engracias, tan sorprendidas como maravilladas por el hallazgo, decidieron apoyar a sus hijos permitiéndoles competir contra ellas.

Los habitantes del barrio probaron una a una las tres quesadillas, luego llevaron sus servilletas con el nombre de los elegidos a unas cajas que sirvieron como urnas improvisadas. Votaron todos y cada uno de ellos, hasta las Engracias y los niños lo hicieron, porque al ser habitantes de la comunidad, también tenían derecho. Al final se realizó el conteo: 20 votos para Engracia sureña, 20 votos para Engracia norteña y ¡25 votos para el equipo de los hijos!

Bien a bien, no sabemos si los ganadores obtuvieron simpatizantes por novedad o por el buen sabor de lo que presentaron, pero lo cierto es que el voto de cada uno de ellos por su propio platillo fue lo que en realidad les hizo ganar. Después de saber los resultados, Luis José les dijo a todos.

—Muy bien, hemos ganado el concurso, ahora ustedes se preguntarán dónde vamos a vender la quesadilla ganadora. Hemos decidido proponerles a nuestras madres que se asocien para hacer el mejor restaurante de quesadillas del estado, qué digo del estado..., ¡del país!.

—¿Yo, asociarme con esta? —señaló Engracia sureña.

—Pero ustedes se han vuelto locos —remató Engracia norteña.
—¿No ven lo diferentes que somos?

—No, má, están haciendo las cosas mal, ustedes se fijan en las pequeñas diferencias, pero nunca miran todas las cosas que tienen en común. Ambas aman la cocina, preparan platillos deliciosos, las dos son muy limpias, ordenadas, hasta tienen ideas parecidas. ¿Por qué no pensar en grande? ¿Por qué eliminar a quien puede ayudarte a crecer?

Las mujeres se quedaron muy pensativas ese día porque era verdad, hasta ese momento no habían notado que más allá del nombre tenían muchas cosas en común. Por eso no tardaron ni dos días en decidirse a formar una asociación para vender las mejores y más variadas quesadillas. De harina, de maíz, con queso, sin queso, con crema, sin crema, con carne seca, con flor de palma, con chicharrón, o con carnitas, en fin, con un menú muy variado lleno de especialidades cada temporada.

El lugar fue un éxito total, los habitantes de la colonia y los barrios cercanos iban a comer ahí, y dicen que hasta gente de otros lugares. De vez en vez llegaban autobuses llenos de turistas extranjeros. Los niños, contentos por su nueva sociedad, ayudaban a lavar platos, servir y tomar órdenes. Eso sí, de entre todos, los más ganones fueron los clientes más fieles.

En cuanto a las Engracias, fueron felices compartiendo su sueño. Después de todo, una buena quesadilla se disfruta mejor cuando los vecinos están de acuerdo sentados en la misma mesa.



LA GUERRA DE LAS ENGRACIAS



Libros de la Anacahuita

COMISIÓN ESTATAL ELECTORAL NUEVO LEÓN

*Este libro se terminó de editar
durante el mes de mayo de 2020.*

*En su formación se utilizó la fuente Gandhi Serif
en 12 puntos para el cuerpo del texto.*



Cuidado de la edición

Cuahtémoc Iglesias Ontiveros
Director de Capacitación Electoral

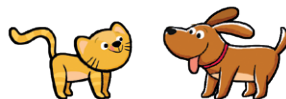
Mateo de Jesús Flores Flores
Jefe del Departamento Editorial

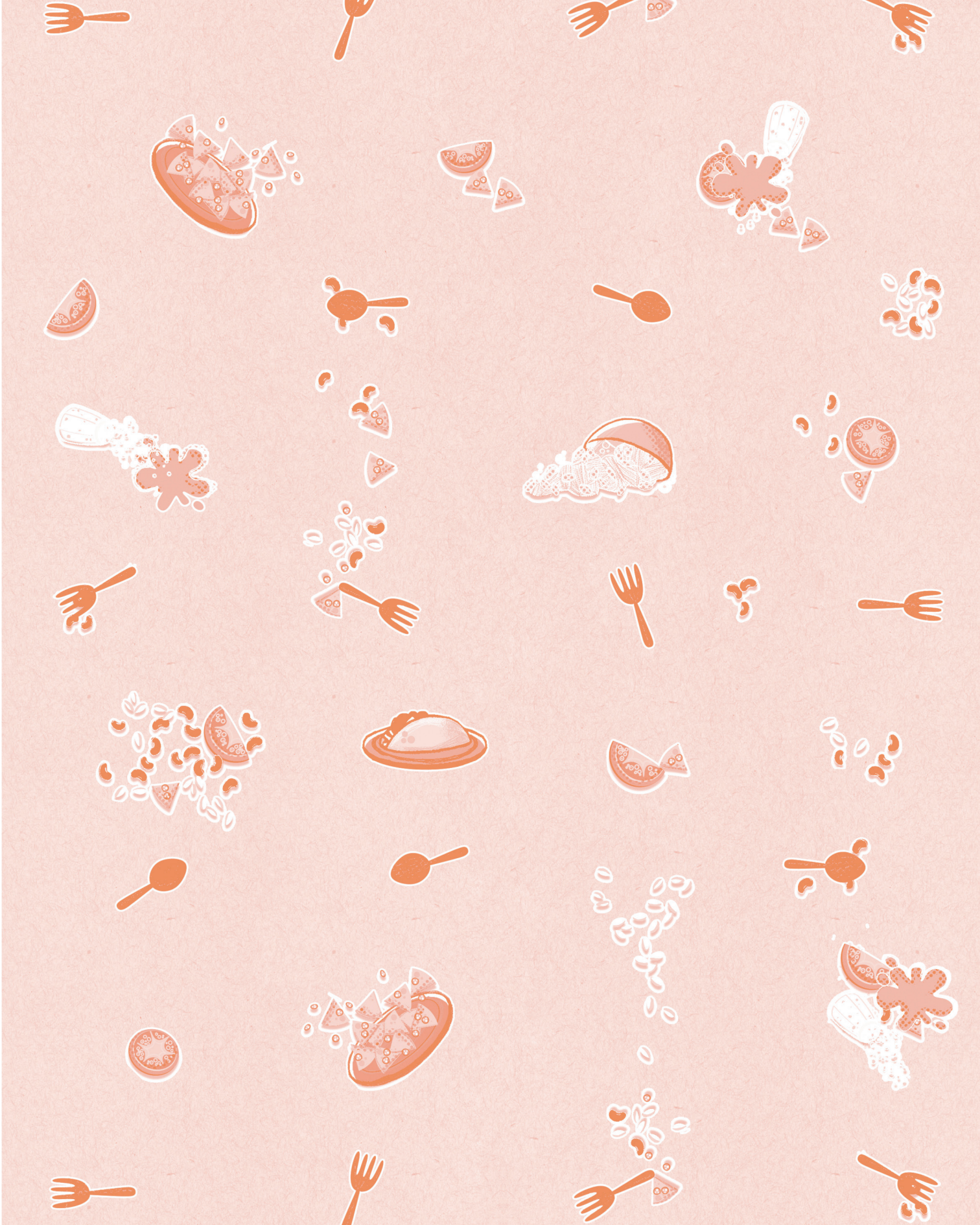
Alan Márquez Rodríguez
Asesor Editorial

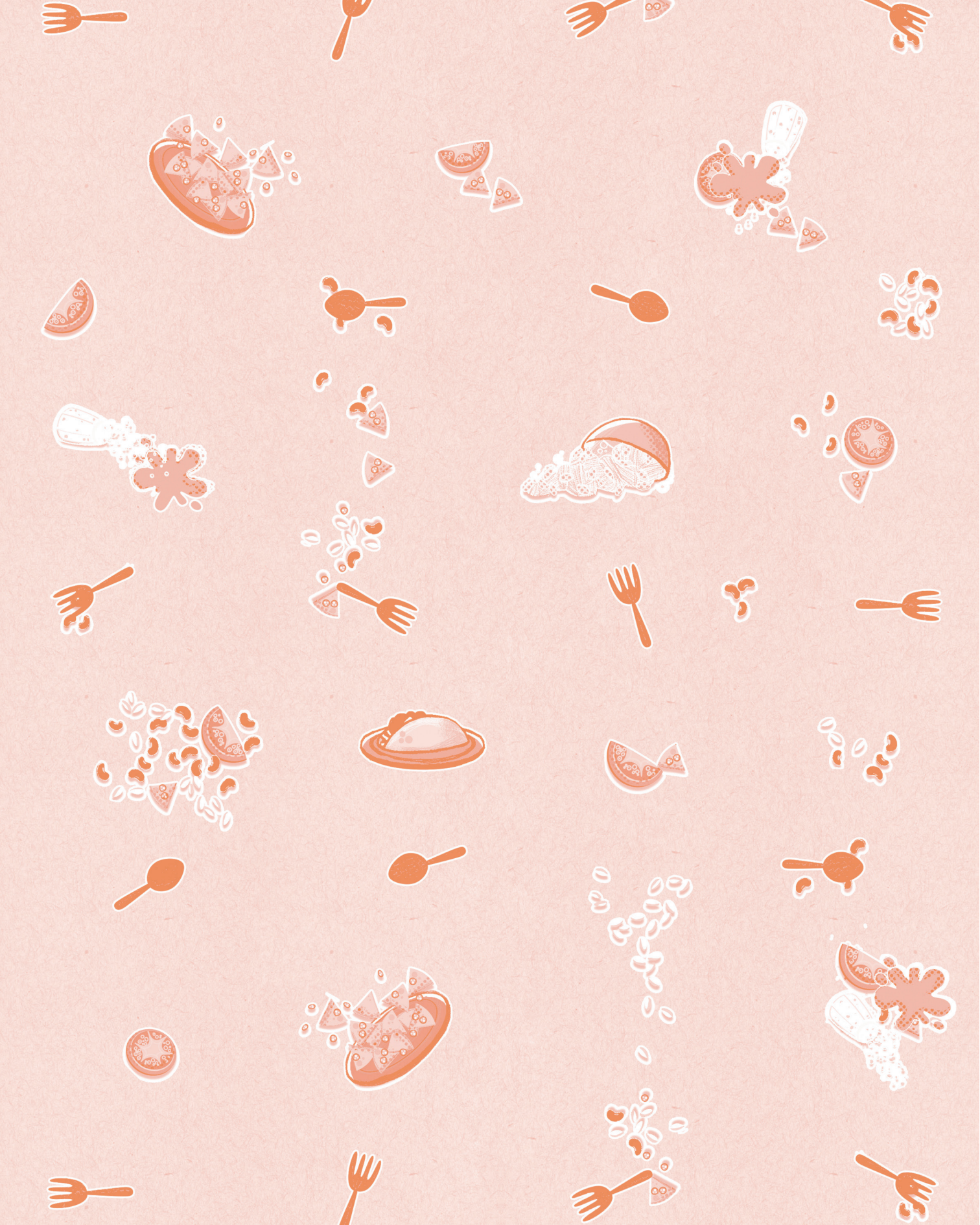
César Eduardo Alejandro Uribe
Mario Alberto Arizpe Lavador
Correctores

Elena Herrera Martínez
Diseñadora Editorial

Mayela Vianney Zavalza Aguilar
Asistente de diseño









Libros de la Anacahuita

En el norte del centro del sur, en una esquina de una colonia cualquiera, en un país como el nuestro, pero que definitivamente no es el nuestro, ocurrió la más despiadada batalla de las fonditas de toda la historia: la guerra de las Engracias.

Su bravura fue tal que nunca en la vida se había visto tanta gente enfrijolada dándose de tomatazos.

5 de Mayo 975 Ote.,
Centro, Monterrey N. L., México
(81) 1233 1515 y 800 CEENLMX (2336569)

www.ceenl.mx

    /ceenl.mx